

## SALUDO AL CONGRESO

Señoras y Señores Congresistas:

1.—*Es para mí una gran satisfacción dar la bienvenida, en nombre del Presidente de la Comisión Episcopal Española de Relaciones Interconfesionales, a todos los conferenciantes y participantes en este Congreso Luterano-católico que hoy inauguramos en Salamanca. ¡Bienvenidos todos, señoras y señores!*

*La Universidad salmantina nos trae a la memoria el recuerdo de tantos nombres que, en su tiempo y en una situación muy distinta de la nuestra, dirigieron su mirada —polémica ciertamente, pero por ello también comprometida— a la célebre Confessio Augustana.*

*Por otra parte, el Congreso tiene para mí, personalmente, un atractivo muy particular. Durante largos años de docencia he explicado la doctrina de la Sesión sexta del Concilio de Trento y, como es obvio, la obra del piadoso y culto Melancton era punto obligado de referencia. Gracias, pues, a todos Uds. que me deparan la oportunidad de rememorar con su cultura teológica un tramo muy importante de mi vida personal.*

2.—*Las conferencias sobre el tema «La Confesión de fe de Augsburgo, Ayer y Hoy» son el resultado de una voluntad firme de avanzar, eliminando obstáculos, por el camino que conduce a la unidad.*

*El Decreto «Unitatis redintegratio» del Segundo de los Concilios Vaticanos hizo posible a los Católicos Romanos participar más activamente en el Movimiento Ecuménico. El Concilio reconoce agradecido en sus principios doctrinales que este Movimiento es un regalo y sólo un regalo de Dios Nuestro Señor.*

*Uno de los frutos de esta intensa participación ha sido la Declaración Conjunta Luterano-Católica sobre la Confesión de Augsburgo, publicada simultáneamente en Roma y Ginebra el 23 de febrero de este año, con motivo de su 450 aniversario.*

3.—*Los estudios que la precedieron, relaizados con rigor científico y con amor, lograron muchas clarificaciones, y, por tanto, la Declaración Conjunta ha podido poner de manifiesto las coincidencias así como las divergencias que todavía subsisten.*

1º) *Coincidencia en una fe común en Dios Uno y Trino, y en la acción salvífica de Dios por Jesucristo en el Espíritu Santo. Este artículo es calificado como «verdad central e importante de la fe cristiana». Los dos adjetivos parecen el eco de la «Hierarchia veritatum» del Concilio Vaticano Segundo.*

2º) *Un amplio consenso sobre la doctrina de la justificación. Doctrina que para el Protestantismo en general y el Luteranismo en particular era y es el «Articulus stantis et cadentis ecclesiae». Amplio consenso, y no podía ser menos, porque después de las investigaciones de teólogos católicos, si el texto del Concilio de Trento se lee en el contexto de la liturgia y la piedad devocional católicas, podría ser suscrito, ya en 1957, por Karl Barth.*

3º) *La declaración Conjunta enumera en el n.º 25 los puntos de divergencia que todavía subsisten, y que no se reducen únicamente a los dogmas definidos después del Concilio de Trento. Gottfried Maron en su libro «Kirche und Rechtfertigung», al valorar el conjunto del Concilio Vaticano II, advierte que la gran objetivación de la Divinidad operada por la Iglesia Católica se corresponde con la doctrina romana sobre la justificación. Los católicos, por nuestra parte, creemos que la realidad señalada por nuestro concepto de Iglesia no es una obra humana, sino única y exclusivamente obra de la fidelidad de Dios a sus promesas. Algunas conferencias de este Congreso rozan esta problemática y tal vez la tratarán en toda su profundidad.*

4.—*Este Congreso Luterano-Católico promete, por la calidad de sus participantes un alto nivel científico. Pero, convencidos de que el «ecumenismo espiritual» es el alma de este encuentro, tenemos la convicción de que no va a quedar en pura exposición académica de cada una de las partes aquí reunidas*

*Luteranos y católicos hacemos profesión de fe de que la unidad —parcial o total— es obra exclusiva de la misericordia*

*de Dios; nunca jamás obra de los hombres. Día a día, en el progreso, debemos dar gracias a Dios. Día a día en el regreso, debemos confesar nuestras culpas. Y cuando llegue la unidad plena —cuando Dios quiera y como El quiera— tendremos que confesar lo que Jesucristo nos enseñó a decir «Señor, siervos inútiles somos, hicimos lo que teníamos obligación de hacer» (Lc. 17, 10).*

† Mons. ANTONIO VILAPLANA  
Obispo de Plasencia.